3. CINECLUB Y CAMPOS DE TRABAJO

El Cineclub Universitario contribuyó considerablemente a ver las cosas de forma distinta a la habitual en el franquismo. No obstante ser su director, Manuel Rabanal Taylor, simplemente un gran apasionado del cinematógrafo, sin más intencionalidades políticas en apariencia. Lo cual, seguramente le permitió lograr que en la Universidad y en el Sindicato Español Universitario, el SEU, aceptaran el invento de "echar películas" no convencionales. A pesar de ser el SEU el instrumento de encuadramiento político de los estudiantes españoles, de adhesión obligada y con pago de cuota anual también preceptivo a realizar en el momento de hacer la matrícula de cada curso en la Universidad.

Rabanal supo aprovechar la circunstancia, y creó una buena relación con los alumnos más avanzados de la Escuela Oficial de Cine, entre los cuales destacaba el ya mentado Julio Diamante, quien luego sería uno de los más señalados partícipes del proyecto de *Congreso de Escritores Jóvenes*, y en los propios sucesos estudiantiles de 1956. Y fue allí, en las sesiones del Cineclub, donde conocí a Enrique Múgica, a quien ya había visto alguna vez en la Facultad de Derecho por estar en el mismo curso. De esa manera empezamos a trabar una amistad que luego fue yendo a más, en gran medida por el arte de Enrique de urdir toda clase de maquinaciones con escasos medios, y con no poco éxito.

En el Cineclub vimos películas de Einsestein, Renoir, algunos viejos celuloides de Buñuel, y filmes como el *Salario del miedo* o *La sal de la tierra*; y otras obras más o menos reivindicativas que sólo llegaron a las salas comerciales mucho después o que no lo hicieron hasta pasado 1975. El Cineclub era en definitiva nuestra particular *fábrica de sueños*, que decía George Sadoul.

En el Cineclub entreverado con la figura de Rabanal, Pablo Cantó, que trabajaba con él en la empresa *Movierecord*; fundada para la publicidad en salas cinematográficas, con un éxito extraordinario, y que todavía pervive en el mercado. En cualquier caso, Rabanal fue una especie de heraldo del séptimo arte desde un enfoque progresista, que nos inculcó una cierta forma de ver el cine, yendo más allá de la luz que traspasa el celuloide para adentrarnos en el mensaje de cada película, buena por supuesto, todo dicho con un tanto de petulancia.

La segunda *actividad preparatoria* de los sucesos de 1956 no fue otra que el *Servicio Universitario de Trabajo*, el SUT, que en 1951 organizó el Padre José María Llanos, jesuita que se hizo famoso no sólo como inspirador de esa organización, sino, sobre todo, por su actividad en la línea de los llamados, por contagio del *mal francés, curas obreros*. En esa proclividad, el Padre Llanos trabajó en un barrio madrileño de chabolas que por entonces estaba en continua formación, *El Pozo del Tío Raimundo*, situado a la altura de Entrevías/Villa de Vallecas; precisamente en cuya estación de cercanías se produjo el 11 de marzo de 2004 una de las grandes explosiones del atentado terrorista que ha pasado a la historia como el *11-M*. Con gran número de víctimas mortales en el tren que, lleno de trabajadores y estudiantes, se dirigía a la estación de Atocha.

El Padre Llanos era toda una figura: faz blanca como el papel con vetas sonrosadas, ojos acuosos, casi esquelético y habitualmente vestido de negro, tocándose con una boina más castellana que vasca, y puede decirse que en *El Pozo* desarrolló una labor extraordinaria para organizar a los inmigrantes de muchas regiones españolas; en tiempos que salvo algunos *marroquines* (como popularmente se les llamaba a los marroquíes a partir del francés chapurreado de *marro-*

quin), nadie venía a trabajar del exterior, porque esto era un *valle de lágrimas laboral*.

Y fue allí, en aquel reducto suburbial lleno de penurias pero también de esperanzas, donde se celebraron, en pleno franquismo, las primeras elecciones municipales democráticas para elegir un alcalde *de facto*... bajo la advocación, desde luego, del padre Llanos. Ese mundo al que estoy refiriéndome, años después leí un libro del sociólogo Miguel Siguan –*Historias del suburbio*— realmente extraordinario, con casos de familias inmigrantes, transcritas con una gran calidad de expresión de los problemas, con una calidad mucho mejor que las rutinarias encuestas, con la ambigüedad de las preguntas y respuestas, y los *dichosos* "no se sabe no contesta", que acaba convirtiéndose en una necia metodología; demostrativa de la incapacidad de los encuestadores, que se convierten en algo así como en falsos lectores de la sociedad a través de números que ni siquiera saben interpretar. En el Pozo estuve dos o tres veces a ver al Padre Llanos, y allí conocí a su colega, también jesuita, Díaz Alegría y a algún teólogo más del que era un precedente muy notable de la ulterior teología de la liberación que haría famoso al brasileño Leonardo Boff, a quien andando los años también tuve la oportunidad de conocer.

A José María le vi por primera vez en 1956 cuando fue a vernos a la cárcel con ocasión de los sucesos estudiantiles de ese año. En su visita nos dijo que había dejado de escribir en la revista *Juventud*, órgano del Frente de Juventudes de Falange, para así solidarizarse con nosotros.

Después de conocer el Pozo del Tío Raimundo visité otras zonas de chabolas, guiado por Víctor Pérez Díaz, que se conocía bien el tema, para mostrar esos escenarios a una periodista italiana que ulteriormente escribió un libro titulado *Spagna in ginochio* (España arrodilla-

da), de nombre ..... Las condiciones de vida en la mayoría de esos lugares (La Celsa, El Tejar de Lucio, luego las Barranquillas, etc.), eran en verdad miserables y ya empezaban a traficar en ellas con drogas. La nota diferencial con el Pozo del Tío Raimundo, es que allí trabajaba el Padre Llanos con su equipo (entre ellos José Luis de la Calle), predicando la esperanza.

Se trataba de un núcleo de población que no era ni pueblo ni suburbio, sino un conjunto heterogéneo de chabolas, al principio de construcción más que elemental, pero que luego evolucionaron a *casas bajas*, algunas con patio y emparrados, como el de Ramón López, que un día nos invitó a comer a Cristina Almedia, al Padre Llanos, a Carmen y a mí. Y más adelante, ya con los ayuntamientos democráticos, todo se transmutó, siempre por el impulso del legendario José María de Llanos, en una urbanización modesta pero bien ordenada; con plazas, jardines, escuelas, y una iglesia menos entrañable pero más vistosa de la que inicialmente construyeron, con sus propias manos, José María y sus colegas, principalmente Díez Alegría y Caffarena.

Pero volviendo ahora al tema del SUT, la idea de Llanos, al crearlo era facilitar el encuentro entre las clases trabajadoras y la Universidad. Y con el precedente de algún modelo europeo de campos de trabajo, a los que luego me referiré, organizó una serie de presencias universitarias en minas de carbón o de oro, puertos de pesca, y fábricas muy diversas. Con gran éxito de inmediato pues fueron muchos los universitarios que se apuntaron a una experiencia *tan proletaria* en tiempos del falangismo ya en declive. Los estudiantes iba a esos campos con una mezcla de curiosidad, aficiones viajeras y cierta concienciación política, buscando algo diferente, más ligado a las realidades sociales del país tantas veces ocultas. Con el común denomi-

nador de una mayor o menor animadversión al régimen tenido por autocrático y explotador.

Con esas expectativas, en la Facultad de Derecho, nuestro delegado de curso del SEU, Fernando Elena, nos hizo una *invitación al vals*. Y varios compañeros nos animamos a ir, en la Semana Santa de 1953, a un curso de preparación de *jefes de campo de trabajo* en el pueblo de Rodalquilar, en la costa oriental de Almería, dentro de lo que hoy es el Parque Natural del Cabo de Gata, y no lejos de los *Campos de Níjar,* evocados por Juan Goytisolo en uno de sus mejores libros.

Se trataba de una explotación minera dedicada a la obtención de oro a partir de un mineral cuarcífero de escasa ley. Lo recuerdo muy bien: cuatro gramos áureos por tonelada de dura roca, de modo que como media, para obtener una onza de oro troy (31,1 gramos), era necesario extraer unas ocho toneladas de materia prima de las canteras a cielo abierto, o de las galerías de interior. El mineral se llevaba en vagonetas, empujadas por obreros, a las tolvas; desde donde se trasportaba en vetustos camiones, algunos todavía rusos de sigla cirílica 3HC, que significa *de la fábrica del nombre de Stalin*, pero que en España normalmente se traducía popularmente, por su parecido en letras románicas, por "3 Hermanos Comunistas".

En esos vehículos, y otros casi igualmente exhaustos, el mineral llegaba a la fábrica, donde con grandes martillos automáticos se machacaba la piedra para obtener, con agua, una masa de la cual, con algunos aditivos y por gravedad, se decantaba el oro.

Allí, en Rodalquilar estuvimos una semana larga, yendo a trabajar de 8 de la mañana a 6 de la tarde; con una hora libre en la propia mina para comer el avío que llevábamos desde la fonda que nos aprovisionaba con generosa y sabrosa tosquedad. Según los días, se laboraba

a jornal fijo con una retribución de 11,90 pesetas (unos ocho céntimos de euro al cambio de 2008) o a destajo; pudiéndose llegar entonces a 35 pesetas/día (24 céntimos de euro). Cuando regía la percepción de 11,90, nadie daba un palo al agua, en tanto que en los días de destajo, la actividad llegaba a hacerse frenética.

Claro es que como se trataba de un curso de jefes de campos de trabajo, además de laborar se dedicaban las tardes a las *teóricas*, que fundamentalmente dispensaba el más destacado colaborador del Padre Llanos; un hombre de gran categoría humana y científica, con quien andando los años tuve muy buen trato: Eduardo Zorita, que años después sería catedrático de Nutrición Animal en la Facultad de Veterinaria de León. Allí, Don Eduardo realizó interesantes estudios, alguno de los cuales llegó a mis manos. Entre ellos, el referente a la muy negativa incidencia de la nutrición en el desarrollo científico español, por dietas rutinarias y persistentes que no favorecían mayores desarrollos mentales. Además, Zorita tuvo la perspicacia de relacionar esa situación con la circunstancia de la fuerte endogamia de la aristocracia española, y muy especialmente de las sucesivas dinastías reales.

Zorita, con sus auxiliares, entre los que figuraban el propio Fernando Elena y José Luis de la Calle, nos convocaba en la playa para las teóricas, y allí, de pie y con un amplio auditorio sentado sobre la arena, todos seguíamos sus alocuciones con máxima atención. De una de ellas recuerdo muy bien la referencia que nos hizo a la fiesta del trabajo, del 1 de mayo, en la plaza roja de Moscú, exaltando el valor del trabajo y del esfuerzo stajanovista, en contraste con un acto de donación de canastillas a los pobres de un suburbio en Madrid en acto de caridad de una junta de damas, de señoras bien... Formas muy distintas de ver el papel de las clases trabajadoras. Yo, en tal escenario y con tales especificaciones, no pude por menos de imaginar un

trance como el de Jesucristo cuando predicaba a sus seguidores a orillas del lago Tiberiades.

Además de esas ideas tan activantes de la mente, en Rodalquilar también aprendimos de los mineros, de sus problemas, de sus quejas de los bajos salarios, y pensando en emigrar a las minas de carbón en Bélgica o Inglaterra. De las que hablaban con admiración, sobre todo por los altos estipendios, y las posibilidades de abandonar las sufridas existencias de las minas andaluzas.

Entre los amigos que fuimos a Rodalquilar algunos ya muy desdibujados en la memoria, como Pachi Latorre o José Manuel Laiz, hubo otros con quienes luego he seguido manteniendo estrecha relación, como Fermín Prieto-Castro, el hermano de Carmen, mi mujer, o el propio Fernando Elena o José Luis de Lacalle.

En Rodalquilar vivimos una experiencia inolvidable; en el trabajo, manejando el pico y la pala, y a veces el martillo neumático. Y luego, también disfrutamos en los momentos de ocio, en la taberna del pueblo, bien surtida de vinos peleones, y de alcoholes exóticos para nosotros, como el *Licor 43,* así como aperitivos elementales pero muy apetecibles: cangrejos de mar, lapas y *pescaíto frito*. Nuestros dormitorios estaban en las casas construidas por la Empresa Nacional Adaro, del INI, explotadora del yacimiento; hechas para los obreros, y que todavía estaban sin inaugurar. Y que, una vez cerrada la mina, y debidamente rehabilitadas y equipadas, se transformaron en hospedajes para los visitantes del Parque Natural del Cabo de Gata.

Entre las actividades más señeras de aquella semana rodalquileña, evocaré las celebraciones de la Semana Santa en el pueblo con sus procesiones, durante una de las cuales tuve ocasión de llevar sobre los hombros, junto con los mineros, la enorme cruz que había en el

altar principal de la iglesia. Y en oficios aparte, tal vez por la buena relación que llegué a tener con el párroco, se me encomendó lavarles los pies a "los apóstoles", todos ellos pescadores y mineros. Naturalmente, iban de los más *preparados,* y no hubo más que refrescarles un poco.

Luego, ya en la década de 1980, visité con Carmen y un ingeniero agrónomo amigo mío, Branco Bruckner, delegado del Ministerio de Agricultura en Almería y que durante un tiempo fue la figura estelar de los nudistas de la zona, sin que al principio ni se enteraran sus provectos jefes. Desde el punto de vista económico, recordaré que cuando estuvimos en Rodalquilar, el precio oficial del FMI y único del mercado para el oro era de 33 $/onza, es decir, a poco más de un dólar por gramo, o sea a unas 60 pesetas. En 2008 a 1.100 dólares la onza, 30 dólares el gramo, o sea, a 3.300 pesetas, por la fuerte demanda de indios y chinos. Y uno se pregunta si las minas de cobre de Huelva van a volver a explotarse por los precios que ha alcanzado ese metal, ¿no podría suceder algo parecido con Rodalquilar? No lo creo, entre otras cosas, porque ya es un parque natural, y porque los trabajos de restauración de la mina serían ingentes.

Mi paso por las minas de Rodalquilar se produjo después de mi ya narrado *viaje de estructura económica*; pocos meses después, por lo cual, yo ya tenía cierto conocimiento de una gran parte de Andalucía, pero no de su extremo oriental, quizá el de mayor aspecto arábigo-berebere por entonces. Las mujeres, cuando salían a la calle, o al ir a las faenas del campo, llevaban siempre un sombrero de paja y debajo de él un pañuelo que les cubría la mayor parte de la cara y el cuello, y no por razones religiosas, sino por no poner morena su piel blanquecina. Y cuando iban a buscar agua a la fuente, lo hacían con grandes cántaros de cerámica en la cabeza, con siluetas que recordaban la España arábiga. Se veía a las claras que Rodalquilar debió ser una

zona de moriscos, de los que muchos se quedaron en España cuando la expulsión de Felipe III en 1609.

La vuelta de Rodalquilar la hicimos en un vagón de tercera, en viaje que duró 24 horas, a una media de 25 km/h, todo un acontecimiento. Llegué a casa muy curtida la tez, y un tanto ronco de cantar durante los días de minero. Con gran entusiasmo de mi padre, que anduvo presumiendo durante bastante tiempo de que "mi hijo ha estado trabajando en una mina de oro".

Tal vez me he extendido demasiado en la experiencia de los campos de trabajo del SUT, de los que nunca me nombraron jefe, por las manifestaciones de Fernando Elena, en una especie de examen final, que Fermín Prieto-Castro y yo seguimos subrepticiamente desde una ventana entreabierta de la sala de sesiones. El argumento principal de Elena fue que "Tamames no cree ni en Dios ni en San Roque". Lo de Dios no lo tenía claro por entonces, pero en San Roque, desde luego, no creía. Por lo demás, y sin que nuestro paso por allí fuera el desencadenante, a los pocos meses de pasar por Rodalquilar, las máximas autoridades de la Falange clausuraron la experiencia del SUT:

— No somos los indicados para criar comunistas –dicen que dijo el entonces Secretario General del Movimiento, Raimundo Fernández Cuesta.

Seguí en el tema de los campos de trabajo en la Facultad de Derecho, y en el verano de 1953 junto con algunos amigos —entre ellos Emiliano Luengo y el ya citado Fermín Prieto-Castro Roumier— nos trasladamos a uno de la organización *Jeunesse et Reconstruction* en la localidad de *Boulouris sur Mer*, tema al que ya me referí en el capítulo anterior de estas *Memorias*. Pero el caso es que a efectos de las

indagaciones para ir a Boulouris, me puse en contacto con la Unesco, en París, a donde fui invitado por el máximo *capo* de la UNESCO para tales actividades, un alemán de nombre Hans Peter Müller, que me atendió con gran solicitud y me dio mucha información sobre campos de trabajo en Europa y América.

Con esa base documental, sin otro gasto que el de los sellos de correo para las comunicaciones postales, y sin más oficina que el cuarto de estudios que en casa de mi padre compartía con mis cuatro hermanos, me relacioné con una serie de organizaciones —cuáqueros, sindicatos, partidos políticos, etc.— de Europa y las Américas, que me facilitaron plazas para campos de trabajo en Francia, Italia, Austria, Alemania, Inglaterra e incluso EEUU. Y fue así como envié a estudiantes españoles a Europa e incluso en EE.UU. De los *envíos* que hice, recuerdo el de José Colchero, luego un periodista destacado, que se fue para Austria. Y en el caso de las Américas, a mi hermano Juan, que estuvo siete meses en Estados Unidos, en el marco de una organización de cuáqueros. Con periplo que cuando Juan empieza a contarlo no para: incluso con el inquietante episodio de cuando se *perdió* en un bosque de Minesotta con una princesa india chipewa, cuando en una iglesia de la misma tendencia tuvo que subirse al púlpito a glosar el evangelio del día.

Esa labor de promotor de empleo juvenil fue interesante durante algo más de un año, hasta que algún espía, no paraguayo, avisó en el SEU que Ramón Tamames estaba enviando "gente a campos de trabajo comunistas". Así, el emprendimiento se cortó de raíz, cuando, por lo demás, la cosa ya empezaba a darme demasiado trabajo.

CASTELLANA CIEN
C/Padre Damián, 38, 8º B
Telf: 91 411 43 15 y 91 411 43 63
Fax: 91 563 84 00
E-Mail: castecien@bitmailer.net
28036 MADRID
CIF: A-28831717

Ramón Tamames

Sr. Don Juan Anlló
C/De la Aduana, 23, 1º Iz.
28013 MADRID

Madrid, 17 de febrero de 2011

Estimado Sr. Anlló:

En nombre del Prof. Tamames, tengo mucho gusto en hacerle llegar la parte de sus *Memorias* relativa a "Cineclub y campos de trabajo".

Cordiales saludos en nombre de Don Ramón y en el mío propio.

Fdo.: Begoña González Huerta
Secretaria Jefe